

El Instituto Otavaleño de Antropología

Discurso del Dr. Jorge Salvador Lara en la ciudad de Otavalo, el 31 de octubre de 1974.

Este es un día de singular importancia para las ciencias en el Ecuador, no solamente porque se inaugura un edificio destinado específicamente a la investigación y a los investigadores, sino también porque, dentro del campo de la Antropología, es el primero que en nuestro país se dedica en forma especial a esta importante rama científica, tan descuidada, por desgracia entre nosotros.

Hay que aplaudir, por eso, a este conjunto de jóvenes otavaleños que, con extraordinario empuje, han hecho posible la realización de este bello edificio. Con iniciativa, con imaginación, con decidida voluntad, con perseverancia, buscando apoyos y combinando esfuerzos institucionales, han logrado levantar, prácticamente de la nada, este primer pabellón, que ya quisieran para sí entidades más antiguas, o más ricas, o más repletas de burócratas.

Debo declarar que el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) es un ejemplo para todo el Ecuador, para muchas universidades, para muchos organismos gubernamentales y no gubernamentales. Metas precisas, claridad de concepción, programación básica, estudio adecuado de los medios y posibilidades: todo ello lo han hecho, y el resultado está aquí. Hoy se inaugura este tramo, el primero de un proyecto aun más ambicioso, destinado a dotar de casa propia, de lugar de estudio, de laboratorios y centro de investigación a los estudiosos sobre la realidad, antigua y contemporánea, del ser humano en el área imbabureña.

Especial importancia tiene esta región para el más cabal conocimiento de la trayectoria humana en el Ecuador. Los indicios paleontológicos, arqueológicos y antropológicos demuestran que Otavalo y su comarca y por tanto toda el área imbabureña, como lo es la de la hoya de Quito y la de Riobamba, fueron lugares escogidos desde el primer instante por el hombre primitivo, en su trashumancia, desde los albores de la Prehistoria ecuatoriana. Indirectamente debe a Imbabura la ciencia paleontológica su origen, pues Cuvier la fundó, a comienzos del siglo XIX, al examinar restos animales muy antiguos, entre ellos el molar de un mastodonte encontrado por Humboldt no lejos de este lugar. Otros restos paleontológicos han sido encontrados también en Imbabura, y a juzgar por varios indicios, el hombre del Páleoindio fue contemporáneo, probablemente, de esa fauna. Ya Vásquez Fuller, en un magnífico artículo en el diario "El Comercio", hace varios años, dio a conocer el hallazgo de dos estupendas puntas de jabalina, realizadas en obsidiana, encontradas en la zona de Peguche, no lejos de restos de

fauna al parecer cuaternaria, encontrada por él mismo. Víctor Alejandro Jaramillo, en varios estudios, ha señalado la importancia arqueológica de la zona. Pero la trascendental significación de la misma para la prehistoria ecuatoriana ha cobrado singular relieve con motivo de los estudios realizados en la Gran Bretaña sobre el cráneo de Otavalo, llevado al Viejo Mundo, con permiso de las autoridades de nuestro Patrimonio Artístico y Cultural, y ya felizmente devuelto, aunque por desgracia el Prof. David Davies no nos da todavía a conocer su informe científico definitivo. Pero tres pruebas de laboratorio realizadas inicialmente, por altas figuras científicas, en Cambridge y Birmingham, mediante el radiocarbón-14 y la termolumiscencia, han coincidido en señalar para esa pieza ósea dolicocefala una antigüedad en torno a los 28.000 años, lo que, de confirmarse, convertirían al cráneo del "Homo Otavalensis" -como me ha sido grato denominar a la calavera encontrada en el cañón del río Ambi, corrigiendo una defectuosa denominación-, en el resto humano óseo más antiguo del Continente Americano, descendiente con seguridad de los primeros pobladores de América, venidos del Viejo Mundo por el Estrecho de Behring, no sabemos cuándo. Estas hipótesis plantean arduos problemas para la ciencia, que exigen mayores estudios. Ese es precisamente uno de los objetivos del Instituto Otavaleño de Antropología.

Poco sabemos de los períodos Formativo y de Desarrollo Regional sobre la Provincia de Imbabura. Ha faltado un trabajo sistemático y perseverante, en materia de arqueología. Apenas si tenemos un breve informe, presentado por Jijón y Caamaño, poco antes de su muerte, sobre la fase cultural encontrada por él cerca de aquí, y denominada por eso "Ilumán".

Ni siquiera sobre el último período preinca, el de Integración, sabemos todavía nada en concreto, como no sea, de una parte, la tradición de los Caras, recogida por el P. Juan de Velasco, y de otra parte, la negativa radical de esa tradición, hecha por algunos científicos, entre otros por el propio Jijón, en su juventud, aunque fue desdiciéndose conforme avanzaban sus estudios de madurez, y ahora por el destacado arqueólogo P. Pedro I. Porras.

Sin embargo, como una evidencia, reto para los investigadores, en esta misma zona, la más característica del País Cara -según le denominara Paul Rivet-, se encuentran centenas de montículos artificiales, las célebres "tolas", sobre las que todavía no se ha realizado un trabajo metódico y perseverante, que solo ahora comienza a efectuarlo el Instituto Otavaleño de Antropología. Aquí mismo, en Otavalo, la antigua ciudad aborígen de Sarance, existen todavía unas pocas tolas, restos de un mayor conglomerado, verdaderos monumentos nacionales, que deben ser precautelados, para que no sean arrasados por la piqueta demolidora de un pseudo-progreso, que no es tal si destruye valores culturales. Hace más de un año, aprovechando unos días de vacación, me fue grato acompañar al Instituto Otavaleño de Antropología a la prospección exploratoria de las tolas de Gualimán, en la rica zona de Intag. Poco a poco, el Instituto va reuniendo las primeras dataciones C-14 sobre el pasado arqueológico de la época Cara. A juzgar por los primeros informes las tolas hasta aquí examinadas corresponden todas, al parecer, a las últimas etapas del período de integración, esto es, a los años entre el 900 y el 1.500 de la Era Cristiana. No otro era el criterio del P. Velasco, cuando hablaba del Reino de Quito y de la casta dominante que hacía construir

aquellas "tolas", que hoy presumimos tenían no solamente una finalidad funeraria, sino también, en ciertos casos, objetivos ceremoniales, habitacionales, suntuarios, etc, pero que, siempre, son testimonios que han perdurado de aquel gran pueblo que sojuzgó a varias etnias anteriores y que, luego, fue el gran artífice de la resistencia del Reino de Quito contra la agresión imperialista cuzqueña.

Ese pueblo no ha muerto. Esa raza sigue viviendo, precisamente aquí, en este contorno. Entre las varias etnias imbabureñas que superviven, los diversos grupos de otavaleños aborígenes son un testimonio fehaciente, tanto de la antigüedad de su estirpe, como de su fuerza cultural, que lleva el nombre del Ecuador por todos los países de América y aun por los de Europa. El estudio de las costumbres, del idioma, de las tradiciones de estas etnias es un imperativo. Valores eminentes de Otavalo lo habían ya emprendido. No hay que olvidar que Aníbal Buitrón, Víctor Gabriel Garcés, Gonzalo Rubio Orbe, son otavaleños que han honrado al Ecuador con sus estudios, en varios foros dentro y fuera de la Patria. Pero faltaba la labor sistemática: y ésa es precisamente la tarea que han comenzado ya a desarrollar estos jóvenes otavaleños, creadores del IOA, uno de cuyos más dinámicos mentalizadores es mi distinguido amigo D. Plutarco Cisneros.

El trabajo de campo es arduo: paleontología, arqueología, antropología física y cultural, folklore, investigación de archivos, recopilación bibliográfica, custodia museográfica: todo eso se ha comenzado a hacer; y las publicaciones son ya varias y valiosas; todo eso seguirá realizándose. No dudo que los poderes públicos no escatimarán su ayuda, pues estas tareas demandan recursos ingentes.

Este mismo edificio es una prueba de ello, y aunque en buena parte financiado a crédito, habrá que irlo pagando. Y luego construir los nuevos tramos. He aquí, señor Representante del Presidente de la República, permitidme que haga la observación, un campo propicio para la siembra de los recursos del petróleo, que si es justo se destinen a obras básicas de infraestructura material, tienen también que destinarse a la superación moral del hombre ecuatoriano, pues si no existe ésta, de poco aprovecharían aquellas infraestructuras.

Permitidme, pues, para finalizar, que exteriorice mi felicitación y aplauso más cordiales, como investigador del pasado histórico y prehistórico de la Patria Ecuatoriana, el Instituto Otavaleño de Antropología, por la obra ya realizada, por la inauguración de este edificio y, sobre todo, por el alto y esclarecido espíritu que anima a todos y cada uno de sus miembros.